



# UN DÍA DE VERANO

Elena Gimeno

**E**l sol le ardía en la piel. Había llegado en un camión cargado de tomates y tenía la nariz quemada. Se sentía cansada, pero llena de vida. Apenas tenía “cosas”, solo su mochila y su cuaderno siempre a mano. Había reservado un alojamiento, pero aún era temprano y quería encontrarse con la ciudad de manera espontánea, sin mirar ningún mapa ni saber cómo situarse. Dejando que la casualidad trabajara por ella y viendo la ciudad, bañada por esa maravillosa luz amarilla de principios de verano, que parecía atravesarla a ella también. Así que empezó a caminar sin rumbo. Perderse: eso era lo que le hacía sonreír. Joao caminaba por las mismas calles, con la curiosidad de sus 9 años, mirando a todas partes aunque conociera la ciudad de memoria, siempre en busca de algo nuevo. Vio a una chica que

parecía extranjera y se quedó observándola divertido. La siguió mientras caminaba despacio y daba vueltas sobre sí misma, con un cuaderno en la mano. Joao supuso que era un mapa. Se acercó a ella resolutivo:

— Hola, ¿te has perdido? ¿necesitas ayuda?

Ella sonrió ante el niño, cuyos ojos chisporroteaban.

— *Oh, gracias, yo llegué ahora en la ciudad.*

— ¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas?

— Nathalie, soy francesa. ¿Y tú?

— Joao, yo vivo aquí. Me gusta tu acento -dijo con una sonrisa-. Si quieres puedo enseñarte el Mercado. Está aquí cerca. Mi padre trabaja ahí y tengo que ir a ayudarle.

— Oh, muchas gracias. El mercado es modernista, ¿sí?

— Eh, no sé, es muy antiguo. Pero tiene muchas cosas y todo el mundo va allí.

Ella se rió y le tocó la cabeza.

— Claro, me encantará que me enseñes -dijo con ese acento francés tan difícil de disimular, y que sin embargo resultaba muy divertido-.

— ¿Y por qué quieres saber si es moderno?

— Moderno no, haha, modernista, es un período artístico. Estoy haciendo un trabajo sobre el modernismo catalán, y como vivo en el sur de Francia, decidí pasar las vacaciones aquí y poder verlo en persona.

— ¿Y qué estás estudiando? ¿Cuántos años tienes? ¿Tienes novio?

— Hahaha pero a ti te gusta mucho hacer preguntas.

Joao bajó los ojos en un gesto tímido, pero enseguida volvió a la carga.

— Sí... me gusta saber y hablar con la gente, pero a mi padre no le gusta que lo haga.

— ¿Y por qué es eso? No es malo querer saber -él se encogió de hombros. Ella le contestó-. Tengo 22 años y estudio Historia del Arte. Y sí, tengo novio.

— ¿Y por qué no ha venido contigo? ¿No te quiere?

— Haha *mon amour*, sí me quiere, me quiere muchísimo. Por eso le parece bien que venga sola.

— No lo entiendo.

— Ya lo entenderás. Vamos al mercado.

Los dos formaban una extraña pareja, pero caminaban sintiéndose contentos. Se notaba en su paso, alegre y con los músculos relajados. Borearon una calle y enseguida divisaron el Mercado Municipal de Tortosa. Ella se quedó mirando, o más bien admirando esa imponente figura, estudiando sus líneas mientras avanzaban. Olía a fresco, miró a la derecha y vio el Río Ebro en todo su esplendor. "No hay mejor sitio para un mercado", pensó Nathalie.

Entraron. Joao daba vueltas por los pasillos y señalaba a todas partes con entusiasmo, hablando atropelladamente: "mira, la frutería, la carnicería, y eso de ahí son restaurantes, y pue-

des comer un pescado enorme. Eso la pollería, y mira, eso son *bacallaners*, y ese de ahí es mi padre".

Joao señalaba a un hombre de piel curtida y brazos fuertes, algunas entradas, y una incipiente barriga. Tendría unos cuarenta años, aunque aparentaba algo más debido a su aspecto cansado.

En el puesto se exhibía bacalao en todas sus formas: desmigado, en lomos, piezas enteras, conservas...

— *Per qué has trigat tant? On t'havies ficat?*

— Me encontré a esta chica que estaba perdida, y la traje hasta aquí. Se llama Nathalie, ¿es de Francia!

— *Vinga, ajudeu-me a guardar tot el que ha so-brat, ja estan trancant.*

— Papá, habla en castellano, ella no puede entenderte.

— *I per a qué vull que m'entengui?*

Joao resopló frustrado. Le hizo una seña a Nathalie para que fuera a la esquina del puesto y le dijo:

— Siempre está de mal humor. Ahora tengo que ayudarlo. ¿Quieres que te enseñe más cosas mañana?

— Oh sí, claro que sí. Eres un cielo.

— Espérame en la puerta del mercado mañana a las 10, después de que le ayude a montar el puesto.

— Vale, hasta mañana.

Ella recorrió el resto del mercado, aunque la mayoría de los puestos ya tenían echado el cierre. Fuera, se dejó llevar hasta el río. Se quedó un rato contemplando el Ebro, y el brillo del sol en la corriente; pensando en ese muchacho lleno de vida que la había sorprendido hacía apenas un momento. Ahora era ella la que sentía más curiosidad por él, y estaba deseosa de que llegara el día siguiente.

Ahora sí, buscó su alojamiento, se dio una ducha y se fue a dormir. Al meterse en la cama se dio cuenta de lo cansada que estaba, tal vez por el sol, o por las emociones que conlleva cualquier viaje. Cayó dormida de inmediato.

A la mañana siguiente desayunó un café con leche y unas tostadas, y se dirigió al mercado. Lo

reconoció antes de llegar y hoy lo contempló con más atención.

Tenía el pelo castaño claro y muy corto, casi rapado, y sus ojos, de día, tenían el color del mar: azules, cambiantes, vivos. Pero lo más reconocible era su actitud. Él la saludaba ondeando los brazos y gritando: “¡Nathalie! ¡Nathalie!”

Ella llegó con una sonrisa, y sacó del bolso un cruasán que había cogido del desayuno para él.

— Buenos días, Joao. ¿Has desayunado?

Y él respondió con una sonrisa:

— Sí, pero no importa, me encantan los cruasanes -y empezó a devorarlo-. ¿Dónde quieres ir?

— Me gustaría ver el parque, y la casa Brunet, y la casa Grego... son de arquitectura modernista, pero podemos ir donde quieras.

Mientras decía esto, Joao se reía discretamente.

— ¿De qué te ríes?

— Me hace gracia tu acento, no me acordaba, pero me gusta. Vamos primero al parque. Está aquí cerca. Antes jugábamos al fútbol ahí todos los días.

— ¿Sí? ¿Con quién? ¿Y por qué ya no juegas?

— Con mis amigos. Mi padre se peleó con el padre de Mohamed y me dijo que no volviera a jugar con él, pero es mi amigo... así que a veces nos escapamos y jugamos de todas formas.

— ¿Y por qué se pelearon?

— No sé, no entiendo a mi padre, parece que está siempre enfadado. Solo le gusta que juegue con Laia, que es mi vecina. Álex tampoco le cae bien. Llegó el año pasado. Sus padres vivían en Madrid, pero ahora él vive con su madre aquí. Mi padre siempre me riñe si me ve con ellos, por eso prefiere que esté con él ayudándole. Pero, ¿sabes? No me importa ayudarlo. Él trabaja mucho y está siempre solo. Y aunque me riña, él cuida de mí, así que yo tengo que cuidar de él también.

— ¿Y tu mamá?

— No me acuerdo de ella. Me gustaría saber dónde está, pero a papá no le gusta hablar del tema.

Siguieron caminando a orillas del Ebro y llegaron al parque. Mientras recorrían la arboleda, Nathalie le preguntó:

— Oye, ¿y tú, cuántos años tienes?

— Nueve. Y cuando sea mayor voy a ser astronauta. O explorador. Para ver todo el mundo, hasta lo que nadie conoce.

— Eso está muy bien. ¿Y tu papá te deja ir sólo por la ciudad?

— Sí, esta parte de la ciudad la conozco muy bien. Pero a mi padre no le gusta que hable con nadie. No le caen bien los extranjeros y dice que la gente del barrio es muy chismosa.

— ¿Chismosa?

— Sí, que siempre están hablando de los demás.

— Ah, entiendo.

— Pero a mí me da igual lo que digan. Me gusta la gente diferente. ¿Cuando sea más mayor puedo visitarte en Francia? Quiero conocer otros lugares y visitar a mis amigos. Ojalá pueda tener amigos en todo el mundo.

— Haha pues claro que sí. Te daré mi dirección para que vengas a verme. Estoy segura de que tendrás un montón de amigos por todo el mundo.

— Mohamed también va a marcharse. Su padre ahora no tiene trabajo y vuelven a Marruecos. Quiero ir a verle también. ¡Y dice que allí hay camellos! ¿Te imaginas? ¿Tú has visto camellos?

— Haha, no, no he visto camellos, pero seguro que es increíble. Y el desierto, las dunas... Cuando vayas, tendrás que mandarme una postal.

Salieron del parque por el Carrer Argentina, en dirección a la Casa Brunet. Él caminaba dando saltos y no paraba de hacer preguntas.

— ¿Dónde vives en Francia? ¿Tienes muchos amigos?

— Vivo en Toulouse, en casa de mis padres. Pero el año que viene viviré con Pierre, mi novio. Y tengo buenos amigos, pero estoy segura que tú tendrás muchos más.

— ¿Y Toulouse está muy lejos?

— No muy lejos, solo 5 “hogas” si vas en coche, o menos de 1 “hoga” en avión.

— Hora.

— ¿Cómo?

— Se dice hora.



- La “r” es muy difícil para los franceses.
- Haha, ya lo sé, no te preocupes, tú hablas muy bien. ¿Dónde has aprendido?
- En el colegio. Era mi segundo idioma.

Joao señaló con el dedo hacia la izquierda.

- Mira, ésa es una de las casas que estás buscando.
- Oh...

Era la Casa Brunet, ciertamente impresionante, con sus ventanas color mar y las decoraciones ornamentales bailando por toda la fachada.

- Esas ventanas son del color de tus ojos. Y además miran al río -él sonrió divertido-. ¿Podemos parar un momento allí? Me gustaría dibujarte.
- ¿Dibujarme? ¿Para qué?
- A veces dibujo en mi cuaderno como recuerdo.
- ¿Y si no te olvidarás de mí?
- Haha claro que no, nunca me voy a olvidar de ti, Joao.
- Vale, entonces puedes pintarme -y se colocó mirando al Río, con la cabeza alta y la mano extendida en la frente como si fuera un Marine-.

A Nathalie le entró un ataque de risa, y pronto estaban los dos riendo juntos. Parecía que se conocían desde hacía mucho tiempo. Él podría haber sido su hermano pequeño.

Le dibujó junto al Ebro, con líneas inexpertas, pero con mucha intuición. Y aunque el parecido era más bien dudoso, supo captar sus ganas de vivir, su dinamismo, esa chispa en sus ojos. Siguieron caminando y charlando un rato junto al Ebro.

- ¿Cuál es tu comida favorita?
- Hmmm la *tartiflette*.
- ¿Y eso qué es?
- Es como patatas gratinadas con queso y bacon. Muy delicioso.
- Ah, ¡lo quiero probar! ¿Lo podré probar cuando vaya?
- Pues claro que sí.
- ¿Y a ti qué te gusta?
- El bacalao de mi padre está muy bueno, y los *calçots* también, pero solo se comen en

invierno. ¡Y las hamburguesas! Pero mi padre no me deja comerlas, dice que eso es basura americana.

- ¿Tienes hambre? Te invito a una.
- ¿Ya es la hora de comer? Me tengo que ir, mi padre me estará esperando para ayudarme. ¿Nos vemos mañana? Me gusta hablar contigo.
- Me voy esta noche a Barcelona, en el autobús de las 9.

Joao se puso serio un momento. No quería despedirse. Pero enseguida le sonrió, le miró a los ojos y no hizo falta decir nada. Cuando iba a darse la vuelta, ella arrancó el dibujo de su cuaderno y se lo dio. En el pie estaba escrita su dirección. Él echó a correr hacia el mercado con el dibujo en la mano.

Nathalie no sabía muy bien cómo se sentía. Visitó las construcciones modernistas que le quedaban por ver, mientras tomaba apuntes en su cuaderno. Dibujó también la Casa Grego, todo cristal y líneas curvas. Cuánto le gustaba esa arquitectura, que parecía moldeada como si fuera escultura.

Siguió caminando sola y sin rumbo el resto de la tarde. Llegó a las calles de la Judería, y en ese laberinto pensó que en la Edad Media allí convivieron cristianos, judíos, y musulmanes; y eso le había dado una gran riqueza a la ciudad. Entendía muy bien el entusiasmo de Joao por todo lo diferente.

Volvió al hotel, recogió su mochila, que era todo su equipaje, y se fue a la estación. Cuando estaba esperando en el andén para subir al autobús, escuchó que alguien gritaba al otro lado de la estación.

- ¡¡Nathalie!! ¡¡Nathalie!!

Era Joao agitando los brazos.

- ¡¡Nathalie!! ¡¡Nos vemos en Francia!!

Ella agitó los brazos también, en señal de despedida, mientras subía al autobús. Y sonriendo, pensó: no pierdas nunca tu espíritu, Joao.

Ilustración: Pablo Moncloa

